

CARLOS SEPULVEDA LEYTON

CAMARADA

NOVELA



EDITORIAL NASCIMENTO

~~Quiero~~
10-1-38

I

—Los vidrios están llenos de emplastos... ¿Para qué servirán los diarios?...

Se detiene. Pega la nariz a un vidrio y trata de leer el aviso. La ventana se abre bruscamente. Los vidrios quedan vibrando. Juan de Dios siente un escalofrío. Aparece un hombre macizo, desabrochado el pecho, el cabello en revuelta. Y para historiar más aún el cuadro, el hombre alza el puño por sobre su cabeza; pero tiene los dedos entretejidos por una liga azul, y la terrible amenaza pierde todo su prestigio. Además, el pecho ensombrecido del hombre está salpicado de nieve, y Juan de Dios es joven y toda amenaza le parece divertida. A la vista del puño, insinúa una sonrisa bobalicona. Pero el hombre se enoja más, y grita áspero:

—¿Qué se le ofrece?

—Leer el aviso. Ando en busca de arriendo... Acaso quiere...

La ventana es cerrada de golpe. Lee:

"SE NECESITA UNA MUCHACHA"

La ciudad es amplia, cuadrada, tirada a lienzo. Y es amable y fresca la caricia del sol; los árboles, de fronda esponjada, se espacian correctamente en formación de revista a lo largo de to-

das las calles. La ciudad entera es un verde quitasol de seda, delicado y generoso. Carritos de sangre dan prestancia colonial al conjunto. El mayoral, aplastado bajo la "chupalla" enorme, caída en los hombros, tira de las riendas y se aferra a la palanca; retuerce frenéticamente el brazo de hierro, y el carro se estremece todo, y tropiezan las ruedas, y la sacudida rebota en la cabeza de los pasajeros. Bruscamente se detiene el mundo y se queda dormido. Los caballejos escriben un monumento de filosofía. De repente, el timbre golpetea la cabeza del mayoral, y el hombre se sobresalta, y levanta la huasca, y grita una palabra sin asunto:

—¡Epa!

Juan de Dios camina perezosamente. Un papel amarillento le hace señas desde la otra acera. Obedece. Se acerca a la ventana y trata de leer:

—¡Qué tonto!—sonríe.

El papel no dice nada.

Camina y observa. Hombres desenvueltos. Mujeres hermosas.

—¡Qué raza de mujeres! Pero he de encontrar una mujer fea de veras.

Alarga el paso tras una muchacha.

—Yo quiero ver una mujer fea en este pueblo; pueda ser. Una mujer fea para descansar la vista.

La muchacha—veinte banderas que se agitan sus veinte años—husmea al hombre, y taconeá firme, y la pantorrilla tensa es una llamarada. La alcanza. Se miran. Juan de Dios desvía los ojos y se detiene, y se ve la vergüenza en los vidrios de la botica. La muchacha—ahora ve su cara morena y sana—está mirándose en el charol de la zapatería del lado. Juan hace un esfuerzo y se acerca a la muchacha y, en el fondo de la vitrina, un espejo con letras amarillas los acoge y les dibuja una sonrisa.

—¿Bonitos los zapatos? ¿No?

—Sí...

—Mire: sin querer usted me ha dado un desencanto...

—¿Si?

—Yo quería sorprender una mujer fea en este pueblo; pero usted... ¿se enoja usted cuando le dicen linda...?

—¡Sí!

—Acaso quiere...

La muchacha se va, agitando sus banderas. Juan de Dios llega a la Plaza. Altos árboles, brisa y canción de pájaros. Escaños profundos, ahuecados para una siesta plácida. Un señor robusto y prócer, de barba blanca en punta, luce. De pie, rodeado de caballeros obsequiosos, habla a gritos, en falsete. Un señor menudo, limpio, coquetea con su propia barbilla primorosa. Mu-
sita modulando:

—¡Oh! Las flores, señor Intendente...

Y el señor Intendente sopla la flauta:

—¡Eh! ¡Jardinero! ¡Ven acá, jardinero! El señor rector dice que... ¿Qué dice, señor rector?

Pulidas diagonales invitan a esquinar la Plaza. Ceñidas en mosaico, las diagonales se juntan y emperifollan un abrazo circular al pie de un monumento. Arriba, un sable espantoso con un hombre—con botas, con entorchados—colgando del sable.

—¿Y éste...? Menos mal que no te montaron en el pingo, amigo Bernardo. Ese español debajo de las patas del pingo...

Se apiñan algunos niños flacuchos, cubiertos de tiras y acosan a Juan de Dios:

—Patrón, un diececito.

—Pa comprar pan, patrón.

Niños y niñas pedigüenos, hambrientos y psicólogos.

—Yo no soy patrón.

—Pa tomar desayuno, fíjese...

Les da algo.

—No tengo más.

Resuena la flauta:

—¡Cuidador! ¡Rebenque!

Huyen los niños alegremente. Las tiras forman alas vivas. Un hombre pesado, con botas relucientes, los persigue con una huasca, azotando el aire. El hombre pesado apenas si puede levantar las botas. En la esquina, los muchachos se detienen, disimulando, aguitando. Pasa una señora gorda embutida en seda negra:

—Un diececito, patrona.

—¡Allá, sucios!

—¡Vieja!

—¡Rebenque!

Estrépito de botas; cohetes de aire; alas de tiras. Regresa el guardián, calmoso, huasca al hombro. Sólo se oye el claveteo de las botas, y el hombre se mira los pies. El monumento lo siente pasar; pero el hombre no siente la envidia del monumento, y la estatua se arruga.

Una anciana ciega, alta y seca y—como vestida de encargo—enlutada hasta la nariz, lleva el brazo recto, a nivel del hombro, y de la mano le cuelga un coligüe nudoso. El palo picoteando el suelo, adelante, enérgico, haciendo el pollito hambriento; y la anciana ciega atrás, moviendo mecánicamente las piernas tiesas. Titubea en la esquina. Tantea la calle al bajar de la plaza. Se detiene asustada. El coligüe en el aire. Para ser espada le sobra ser coligüe; pero es el mismo gesto. Sobreviene una sonora vibración de llantas de acero en el empedrado. Y todo es apenas un coche de alquiler, y, por serlo, baldado. Al paso del coche impedido que avanza arrastrándose, se remece el suelo. Se propaga el ruido subterráneamente, y después aflora y atipla la voz en los vidrios de las ventanas. La ciudad es una tembladera. Ahora, mientras la queja del coche gime apenas, la anciana bracea y parece nadar en su piscina de sombras. Al frente, a las puertas de un gran almacén—“ALMACEN DE TE”, se anun-

cia—un grupo de hombres jóvenes cuchichean y ríen. De repente, corren los chiquillos y agitan sus alas, y gritan:

—¡Abuelita!

Y la flauta premiosa:

—¡Rebenque!

Escándalo de botas. Explosión del aire. Y sigue el vuelo de tiras y el gritar de voces frescas:

—¡La mano, abuelita! ¡La mano, abuelita!

La ciega deja de nadar. Avanza sostenida por el pequeño andrajo gozoso. Atraviesa la calle. Regresa el guardián, admirando sus botas relucientes y haciendo arrugarse de envidia a la estatua. Al pasar Juan de Dios al lado del grupo de jóvenes, oye:

—¡Vieja sin alma, cualquier día la aplastan!

Rostro trabajado. Aire indiferente. Descuidado el traje ancho, y el cuerpo libre, y libres las espaldas cargadas, Juan de Dios camina sin apremio, y es mansa su mirada de buey. Se mete a una frutería:

—Plátanos. ¿Cuánto la docena?

—Dos cuarenta.

—Deme tres.

—¿Tres docenas?

—Es decir, tres plátanos.

Se los echa al bolsillo, sin envolver.

—Para Tin, murmura.

Avanza.

En una paquetería:

—Este monito negro, guatoncito.

—Tres pesos, casero.

Juan se encamina a la puerta.

—¡Eh! ¡Casero! Dos pesos, casero, caserito.

—Sesenta cobres, acaso quiere.

—Ya, casero.

Se echa el monito al bolsillo, sin envolver.

—Para la Vieja, dice.

De una cigarrería, sale fumando. Sigue. Se detiene. Al frente, al otro lado de la calle, el papelito de siempre le sonríe desde la ventana de siempre. Mientras atraviesa la calle, trata de leer: se... se... Lee:

“SE VENDEN HUEVOS FRESCOS DEL DIA”

Camina sin apuros. Una cuadra. Dos cuadas. Tres cuadas. Las casas se van achatando. Las murallas comienzan a estar garabateadas, arañadas, derruidas. Desde el fondo de las cicatrices de las paredes, los monos tatuados por el artista desconocido calientan su sexo al sol. Y repetida infinitamente, con grandes letras tiritonas, una sola palabra, una sola obsesión: pico. Y al paso de Juan de Dios, un niño descalzo deletrea a gritos; fonéticamente: p-i-c-o. Juan de Dios acaricia la cabeza enmarañada del niño; pero el pequeño está fascinado por el descubrimiento, y el júbilo destella en los grandes ojos con hambre: el dedito su-
cio repasa el dibujo de las letras y canta el sonsonete; la p con la i... pi; la c con la o... co; pi-co; ¡pico! Y se aleja el muchacho, saltando. Juan de Dios sigue su camino, a la suerte. Dobla y dobla calles. De repente, un letrero:

“SE ARRIENDA UN DEPARTAMENTO A MATRIMONIO HONORABLE. TRATAR EN LA ESQUINA”

Tira el cigarrillo:

—Esta es la mía, se esperanza.

—Sí; un poco caro; pero lo tomo, señora...

—Diga señorita...

—No me cuesta nada decirlo. Si quiere algo adelantado...

—¡Espere, señor! ¿Cuántos son ustedes?

—Dos. Casi tres: mi mujer y un angelito así, pequeñín; pero no grita, pero no llora, pero no hace pedazos los papeles...

La señorita estira el cuerpo plano, de un metro y setenta. Adelante, nada: todo plano. Atrás, nada: todo plano; todo recto y ancho. Conjunto severo. Honesto. Intocado. La cara larga, empolvada, llena de hoyos. La nariz larga, más empolvada, más llena de hoyos. Un rosario en las manos heladas. Habla desde otro mundo:

—Con niños, no. ¡Por Dios! No los puedo ver.

—Acaso quiere lo ve. Mejor que no lo vea; pero el niño no se asusta. Oiga: se llama Angel y no le tiene miedo al diablo. Yo le digo Tin. El mocosito me dice papá; pero también me dice tonto. Cuando me dice tonto yo le doy un dulce...

—¡Jesús!

—Tres piezas. Este departamento lo han hecho para nosotros. Cuando Dios hizo el mundo, lo primero que hizo fué este departamento, y lo hizo a la medida, para nosotros...

—Estos arreglos los ordenó mi hermana el año pasado...

—Para nosotros, claro. Su señora hermana ha de ser una santa...

—Diga señorita...

—No me cuesta nada decirlo. Y el patiecito tan mono; tan a propósito para criar un par de gallinas.

—¡Qué barbaridad! ¡Nuestra casa convertida en gallinero! ¡Qué diría mi hermana!

—Pero... señorita...

—¡Son tan escandalosas!

—Todo se puede arreglar, señorita. Como me gusta la cazuela de ave... ¿No le gusta a usted?

—No.

—Es bien buena. Haré cocinar y verá usted qué rica, con chuchoca.

—¡Cocinar aquí! ¡Ahumarlo todo! ¡Llenar la casa de olores! Mi pobre hermana se volvería loca.

—Parece que aquí hay demostraciones, señorita; fíjese...

—Sí, señor. Y por eso pedí la casa. Yo no soporto los olores, y mi hermana los adivina.

—Lástima. Sin embargo, este departamento es independiente, es una casa aparte... y yo no veo qué se tenga que hacer con los olores de la vecindad. Acaso quiere, señorita. Si no quiere, pediré la pensión... ¿Ahora sí que estaremos de acuerdo?...

—Antes de nada. ¿Cuáles son sus recursos?

—¡Señorita! Me parece que basta con pagar adelantado.

—No basta. ¿Le parece a usted que es bastante? Usted tiene que perdonar y nosotras que cerciorarnos. El aviso reza que se le arrienda a *matrimonio honorable*. ¿Es usted casado de verdad?... Hay tanta desvergüenza en este mundo. Al frente vive una pareja sin temor a Dios. ¡Y salen del brazo! Y esa mujerzuela del chalet, la casada con el abogado, es una... y la de más allá... ¡Dios me perdone!

(Se persigna y el rosario hace crac-crac).

—La verdad es que yo soy casado; pero, mire, señorita, el matrimonio... usted es una pura señorita...

—Bien. Una comprende. (El rosario sonrío). Pero eso no es todo. (El rosario se pone serio). Y la señora, ¿es piadosa?...

—La Vieja es muy piadosa. Está enamorada de la Virgen del Carmen y yo le voy a comprar una bien bonita. Y me soporta a mí...

—Bien. Y usted... ¿en qué se ocupa?

El rosario mira fijamente, inmóvil. Juan de Dios sonrío confiado. Hace un pequeño saludo de cortesía, y dice galanamente su título de nobleza.

- Señorita . . . ¡Soy profesor! . . .
—¡Hum! . . .
—¡Qué! ¿Le parece poco?
Se obscurece todo. Después clarea débilmente.
—¿Pedagogo? . . .
—Muy pedagogo.
—¿De qué?
—Pedagogía. También escribo . . .
—¡Hum! . . . ¿Poeta? . . .
—¡Y qué! ¡Acaso quiere!
—¿Y quién lo puede recomendar?
—¡Yo! ¡Se extralimita usted!
—¡Estoy en mi derecho!
—¡Qué satisfecha!
—¡Insultar a una dama! ¡Muy de profesor!
—¡Dama!

Aparece la hermana, la otra señorita. Es ciega. Y—como de encargo—está enlutada hasta la nariz. Juan de Dios la reconoce. Y ve cómo el atadito de harapos le ayudó a atravesar la calle. Pero ahora es otra cosa. Parece que intenta morder las sombras. Juega en el aire el nudoso coligüe, espantando las sombras. Frunce la nariz y respinga con voz bronca, envenenada de rencor:

—¡Con niños no! ¡Con niños no! ¡Dile que se vaya, hermanita!

Pero ya se había ido.

Las acacias sonríen en la calle, y lo saludan saltando sus frescas hojas verdes sobre el sombrero negro, de anchas alas. Vagabundea por las aceras, fuma que fuma, mira que mira las ventanas, sin apuros. Conversa con él mismo:

—Pobres viejas ricachas, sin hombre. Por eso dijeron de la ciega que era una vieja sin alma. Sin hijos. ¡Pobres viejas! No tienen religión las pobres cobardes. Sólo el pasional puede llegar a místico. Al fin encontré un montón de mujeres feas en este pueblo. Pero no son mujeres. ¡Qué mezquinas! . . . ¡Benditas sean las mujeres que se animan a parir! A pesar de todo . . .

Es una llama viva la mujer que se acerca. Una turgencia ardua en seda.

—¡Qué soberbia!—piensa.

Juan se achula un poco. Muerde el cigarrillo y sonrío. Y al pasar, en el momento en que Juan de Dios se siente más conquistador, la mujer lo mira de frente, a los ojos, calculando el bolsillo del hombre; pero Juan se conturba y ruboriza, y se refugia atolondradamente en el humo del cigarrillo.

—¡Qué mirada!

Al volverse, ve y siente que el mundo camina sin preocuparse para nada de los pensamientos del hombre que piensa. Porque Juan de Dios ha pensado que esa mujer, posiblemente, es un alma de ensueño, y peregrina, y huérfana del ensueño de su alma hermana. Y ve que un macho cualquiera, dominador y brusco, la sacude por un brazo. Y la mujer se disculpa humildemente:

—No pude, Ramón. Una noche mala antenoche.

—¡Anda! “¡Salta!”

—Es que yo quisiera . . .

—“¡Salta!” Nada de “pinganillas”, Violeta, ya te lo he dicho. La gente que yo te llevo tiene “buenos sentimientos”. Pero “salta”, que me falta algo . . .

Arrastra pastosamente la voz y la hace un poco cansada, y da a entender así estar martirizado por un dejo de hastío profundo.

Exhibe el porte, el gesto, el alfiler de corbata acariciado a cada instante.

—¡Anda! ¡Salta!

Abre una billetera lujosa, de filetones dorados.

—Te noto un poco ingrata. Si no fuera por mí...

—Ramón, es que la noche fué mala... y yo quería; pero...

—¡Salta!

Y la mujer entrega billetes, humilde y contenta.

—¡Inocente!—se dice para sí Juan de Dios. No pensé que...

Vaya, vaya, ¡qué poco sé de este mundo!...

Y andando. Papel en la ventana:

"SE NECESITA UNA SIRVIENTA SIN NIÑOS"

(Inútil presentarse sin buenas recomendaciones)

En una casa recién acicalada, lee:

"AMA JOVEN; LIMPIA, SANA, ABUNDANTE LECHE, SE
NECESITA"

Juan de Dios lee fosco y apuñala el papel con la mirada. Mascas las palabras: "joven, limpia, sana"; y madre de su hijo, y su hijo, hijo de nadie, naturalmente... ¡qué insolencia!

Marcha lentamente ahora. Se llenan de sombras sus ojos de buey. Hundido el pecho, baja la cabeza, las manos en los bolsillos, murmura obsesionado: madre, madre...

Cruza una calle. Alarma de bocina. Pasa el auto estrepitoso y todo queda oculto en la polvareda. Un sabor de tierra en la boca. Ahora está contento, liviano. Piensa en lo bonito que es "el no tener"; en lo maravilloso que es "el no saber"; vagar y ser una hoja; ir y no llegar; hombre sin casa, hombre contento. Sale a una calle. Lee en lo alto: "18 de Septiembre".

—Buena calle; me gustaría.

Al sur, al fondo, se divisa el esqueleto de un puente. Y medio tapado por la melena de un sauce pensativo, un carrito de sangre chirría estridente en la curva. Vocea ronco el mayoral agitando las riendas, y la culebra de la huasca atigra el lomo del caballejo tordillo. Y en pos del carro, un largo abrigo de hule negro camina cojeando, pegado a la línea, y con un hisopo deshilachado va dando toques a los rieles y los embadurna de alquitrán pringoso y robusto. Y todo está quieto y en silencio ahora. De repente, la calle es tomada por un rondó desganado:

—Un—ratón—salió—un—día—de—su—cueva...

Ganguean los chiquillos acompasadamente; pero, en un momento, se atropellan y gritan y es una gloria la empeñosa disonancia. Alerta y enérgico, el maestro—es un pobre bulto esfumado a través de los vidrios—levanta la varilla. Y los niños callan, y se tapan la cabeza con las manos, y así quedan, ovillados, esperando el golpe.

Juan de Dios retrocede.

—Igual en todas partes... ¿Será mi escuela?...

Al frente, en letras impresas:

“SE ARRIENDA ESTA CASA”

—¡Uf! Demasiado grande...

Al lado de la escuela, unas letras rulengas, escritas con un pedazo de carbón, anuncian desde la puerta a medio caer:

“SE ARRIENDA ESTA PIEZA”

Levanta la puerta desde una esquina y los maderos resbalan en la tierra húmeda. Oscuridad adentro. Olor a barro.

—¡Diantres! Ahora soy yo demasiado grande. Busquemos a la medida. ¿No somos todos iguales?...

Andando, amigo Juan de Dios, andando; hombre sin casa.
Y un letrero regocijado le despierta el alma:

"VENDO UNA CARRETELA Y UNA GUITARRA"

—¡Un 18 en Santiago, a la antigua! Carretela, guitarra, mujeres; pueblo y soldados; banderas y vino. . . Tantos años, Juan de Dios. Hay que seguir vagando, hombre sin casa, de pueblo en pueblo, de calle en calle. Vagar por toda la tierra, pisar y levantar el pie. . . ¿De quién es la tierra?

Una casita baja, enlucida a brochazos. En la puerta de medio cuerpo una mona de figurín, y unas letras:

"SE RECIBEN COSTURAS"

y con garabatos miedosos: "Se arriendan dos piezas", y con lápiz rojo, atrevidamente: "con puerta a la calle".

—¡Suerte!

Aliviana la mano para tocar los vidrios; pero los vidrios amenazan hacerse trizas y, sueltos, bailan en el marco.

—Adelante. . .

—Señorita. . . ¡Diablos! Es usted la misma. . . señorita, ¿me perdona que haya sido tan vulgar? Como la vi tan interesada en los zapatos. . . La vulgaridad es un pecado mortal. . .

—Perdóneme usted también. Hay tanta palabra ociosa por esas calles. . .

Los veinte años de la niña ya no flamean. Está seria y cordial. Morena, fina, se levanta sonriendo. La máquina de coser se tiene sola y se queda dormitando sobre la seda blanca.

—¿Arrienda dos piezas?

—Sí, señor.

—Pero, señorita, mire: yo tengo un niño.

—Tanto mejor.

—No crea, señorita, que sea mejor, es un Barrabás. Agarra y despedaza todo lo que encuentra, y grita... Mi mujer es gruñona. Y yo soy pobre y recién llegado, y no tengo muebles y nadie me conoce. ¿Y quiere que le diga? Me gusta criar gallinas y acostarme tarde y no voy nunca a misa...

—Pero tenga la bondad, pase a ver las piezas. Entabladas arriba y abajo. Y vea este patio, adelante. Es un patio común. El deslinde no está muy bueno, porque las tablas han ido desapareciendo. Pero por este potrero del fondo no se pierde nada. Los vecinos son pobres, pero muy honrados.

—Por eso son pobres.

—Aquí la cocina, señor. Nosotras, mi mamá enferma y mi hermana "que se lo lleva en la escuela" ocupamos poco sitio. En un momento nos hacemos la comida... Diga.

—¡Magnífico!

—¿Y cuándo puede venirse?

—Inmediatamente. Voy a traer a mi mujer y al niño. Es todo lo que tengo.

—¿Y le parece poco?

—¡Señorita! Muy amable. ¿Y cómo hay que decirle a usted?

—Lucha...

—Gracias, Luchita... y cuando usted no tenga otra cosa que hacer, me llama no más... A mí me dicen Juan de Dios. Acaso quiere...

—¡Estos famosos mamelucos, Vieja! ¡Pero sosiégate, mocoso! Ahora a correr por el patio, Tin... ¡A correr! Todo el mundo es tuyo, Tin... ¡Arranca!

—¡Guau, guau!

—No le tenga miedo, mi lindo. Dígale Copito...

—¡Qué va a tener miedo, Luchita! ¡Agárralo, Copito! ¡Agárralo! ¡Corre, Tin!

El niño hace remolinos sobre la carrera y hace quites de frente, y el perrito carga dando ladridos chillones venidos desde muy lejos. En un salto, Copito cae en brazos de Tin, y la mano del niño lo acaricia, en tanto el perro asoma y juega golosamente la fucsia colorada del hocico. Después, ya tranquilos, Tin desnuda un plátano:

—¡Guau!—reclama su parte el faldero.

—“¡Espela!”—disciplina el niño.

Y come del plátano a grandes y apresurados buches y, en seguida, cuidadosamente, deja caer sobre la fucsia agitada pedazos minúsculos, y, goloso, el puñado de lanas ladra, ladra.

II

—¡Qué contento va a ponerse con su catrecito de palo! Y con esta linda silla de totora para el comedor...

La mujer abraza un gran ramo de violetas.

—Ya tenemos puesta la casa, ¿no ve? Y ahora compraremos un florero, Hijo.

Juan de Dios mira agradecido a su mujer. (“Esta mujer que se ha hecho cargo de mí”, piensa).

Sol y barullo. Bajo los toldos, las mesas corridas exuberantes de frutos. Ollas de greda, a ras del suelo, humean olorosas. Mujeres que pelan una papa y gritan:

—¡Naranjas dulces! ¡Naranjas dulces!

Y un harapo, mirando el cielo, implora mecánicamente:

—Pan...

Algunas dan el pecho al hijo; un pecho de greda, tamaño; un niño de greda, tamaño.

—Zanahorias, casera.

Dejan el roorro en el cajón azucarero, mullido con trapos y cueros, y el roorro berrea a sus anchas.

—Vieja, ¡leche al pie de la vaca! ¿Te gusta?

La señora Aurelia sonríe, apacible. Con mano calma coge el vaso blanco y sedoso, y bebe lentamente, descansando.

—Pero toda, Vieja... ¿Qué no te gusta?

—¿No le gusta a usted, Hijo?

Y se bebe la leche sorbo a sorbo. Juan de Dios hace ánimos y quiere dar ejemplo, y se bebe un vaso y otro vaso.

—¡Así se toma leche! Con franqueza...

—Hijo, no sea chiquillo.

—¡Otro vaso!

La mujer lo deja hacer y tiene para su hombre un vago gesto de madre.

—¡Me gusta el hombre, Vieja! Y no tiene nada de gringo, fíjate. Así me gustan los hombres...

—Primera vez que veo hacer este trabajo a un hombre, Hijo. Y tan limpio que está. Nunca había visto ordeñar con las manos limpias. Yo tengo el recuerdo de aquellas pobres mujeres de las haciendas, tan viejas, tan sucias...

—Nacen viejas. Nacen así, viejas y sucias. Se entibian el alma en el vaho de la bosta. Por eso digo yo que la *a* y la *b*, y la *c*, y la tabla de multiplicar, y la doctrina... ¡Pamplinas, Vieja! ¡Agua y jabón! Y alimento, sobre todo alimento...

Se oye la voz inmóvil del niño embebido en el cielo:

—Pan...

Las vacas se dejan ordeñar mansamente por la mano limpia del hombre sin prejuicios. Y es un hombre entero. Con bigotes recios. Pero los bigotes no le impiden lavarse. Defendido por el guardapolvo gris, sobre el hombro una toalla blanca, ordeña y ofrece el vaso de seda, afable y atento. Y las vacas vigorosas, frescas, bañadas a balde, pisan el empedrado con recato, y, solemnes, hacen el sacrificio de su sangre, solemnemente.

—¡Por favor! No me espante la vaca, mire...

Un hombronazo la reverencia a estilo de corte. Al hacer un segundo saludo, apenas alcanza a sostenerse en el testuz de la cortejada. Y la linda y paciente clavel reprocha mesurada aquel acto: con el péndulo que hace de su cabeza, silenciosa y grave, dice que no, que no se puede, que no. Pero el borracho

insiste en presentar sus respetos. Pero la vaca se niega al camelo y apresura el paso del péndulo. Entonces el borracho golpea el testuz: tres golpes acompasados, enérgicos, traídos de la cantina:

—¡Ofrezco un trago! Me robaron el reloj...

Y mirando con los ojos entrecerrados al hombre de la vaca, entrega el brazo izquierdo y ahueca la mano sabia en la caricia de copas; pero sólo empuña viento.

El ordeñador está en cucullas, succionando suavemente la ubre. Suplica con voz de este mundo al borracho que trasnochó las estrellas y que todavía no se baja del cielo:

—Por favor...

Pero el cielo está lejos y las estrellas están acostadas. Entonces, casi con pena, el ordeñador estira los huesos y aparece alto, fornido, marcial el bigote. Sin apuros, correctamente, entrega el vaso a Juan de Dios.

—Hijo, ¿otro vaso?...

—Soy hartito bueno "pa la leche", Vieja...

—¿Y no le encuentra un gustito?...

—¿Un gustito?... Y un olor a madre.

Ahora, la señora vaca está empeñada en hacer comprender al caballero lo meritorio que es el regresar a casa cuando el hombre se encuentra en cierto estado, y empuja al borracho suavemente con el hocico húmedo, y muge un ruego:

—"¡Váyase, caballero!"

Pero el caballero es generoso y es dueño del mundo.

—¡Un trago! Ofrezco un trago... Me robaron el reloj...

Saca la cartera y ofrece billetes a la muy recatada clavel; pero ella no es de "esas" y vuelve a decir que no, que es pecado, que no. Y la ofensa se dirime entre caballeros:

—Señor, hágame el favor... ¡No moleste a la vaca!

—¡Miren que "sé-ñoruta"! ¡La sé-ñoruta! Me robaron el reloj; pero la cadena no es "na" de oro...

—¡Pero, señor! ¡Deje la vaca!

—¡La sé-ñoruta...! ¿Qué es tu novia...?

—¡Señor!

—¡Dame un trago! Me robaron el reloj...

—Guardé la plata, señor... ¿qué dirá la gente?...

—¡Qué me importa la gente! Me gusta la vaca... ¡La sé-ñoruta!

El ordeñador intenta apartarlo del peligro; pero el hombre enamorado no se afloja de los cuernos, y, en vez de agradecer, levanta el brazo; bufa; lo balancea en alto, bufa; y lo deja caer a fondo; pero el brazo se le va, y no quiere perderlo, y lo sigue, y brazo y hombre caen, estirados, apartes, reñidos entre sí. Entonces, naturalmente, llega el policía. El ordeñador levanta al borracho por los sobacos. Y lo entrega, derecho, correcto, tieso. De repente, el caballero abraza al guardián, lo invita a una copa, y le cuenta amistoso, de buen amigo a buen amigo:

—La cadena no es "na" de oro...

Chirrían las ruedas de madera de las pequeñas carretas, hundidas, agobiadas por cuatro ínfimos trozos de árboles que fueron gigantes de montaña. En la muerte, desmembrados, escarnecidos, son arrastrados al camposanto de los fogones por unos viles chivatos con pretensión de bueyes. Y el boyero, chato, recio, la "picana" en ristre y viva, pegado materialmente a la tierra por la liga tenaz de la ojota milenaria y egregia, grita y azuza:

—¡Bandeer-ra!... ¡Buey!

Y el grito domina e impera, y conquista, y alucina, y, verdaderamente, los chivatos son bueyes.

Amplio y claro el ruedo del cielo por sobre los tejados humildes; pero, al este, el horizonte está tronchado por la firme tajadura de la Iglesia eterna. El alero trunco (conmovedora pobreza de la fe), exhibe la desgarrada entraña de ladrillos, y así, llagado y sangrante, clama misericordia. Hincada fuertemente en la armazón dolorosa, blanca y ágil se encumbra la torre copulativa de la tierra y el cielo. Abajo, con brazos de madre, la Santísima Virgen, coronada de bombillas eléctricas, acoge el pecado del mundo y desparrama la paz entre los hombres, mientras que, con ojos mansos, vigila la alcancía. Fervorosos de la égida sagrada, arrodillados en correcto cuadro, inmóviles y recogidos, los edificios chatos y parejos asisten al solemne Te Deum de toda la vida. Y el pueblo bulle por las piedras ruñadas que herretéan la plaza; y hombres de toda laya y mujeres de toda condición fantasean sus canastos repletos. Emular de gente que compra y masca, y beligerancia de pregón:

—¡Aceitunas! ¡Plátanos! ¡Cebollas!

El grito entusiasta se pelea los vientos; rezonga, tropieza en las hojas de los árboles, patalea en el cinc de las casetas, se enreda, cae, se levanta, vuela:

—¡Huevos frescos! ¡Espuelas! ¡Jabón de olor!

Una gallina canta su último huevo. Y un gallo se echa la culpa, y sacude el escándalo de su encierro entre pollos, y corteja a su sombra, y se hincha, y cacarea a la muerte.

—¡Flores! ¡Leche con mote! ¡Una cunita! ¡Tortillas!

—Me gusta el pueblo, Vieja. Mira a ese caballero que lleva él mismo una cuelga de pollos... ¿Te das cuenta?

—¿De qué?...

—¡De qué!

—Es que con esta bulla...

Juan de Dios hunde la mirada en los ojos serenos de su mujer, la toma del brazo y ella sonrío, y lo besa con las violetas fragantes que regalan su alma.

—Costumbre que tienes de no oír. Te decía que...

—¡Callanas! ¡Ollas!

—¿Compremos una fuente? Mire estas monerías de greda para Tin. ¿Cuánto vale el juego de té, y ese matecito?

—¡Ocurrencia! No le durarán un minuto...

—¡Si es para que se ría!

—¡Pero si el niño es tan alegre!

—¿Y cuándo está solo?... Y no quicbra nada...

La vendedora da una fuerte chupada al mate, y, con el mate anidado entre las manos, estudia a la pareja. Después lo golpea rápidamente con las coyunturas y chupa apresurada, haciendo gorgoteos. A medio levantarse del piso de paja, hurgando entre los cacharros, va señalando los precios. Fuera de la chaqueta le oscila una papada oscura, grietosa. Juan de Dios tiene amistad en la palabra:

—Siéntese; no se mortifique...

La mujer se sienta y queda hecha un montón de barro viejo. Y sólo su voz peleadora es joven:

—¡Ollas bien cocidas! ¡Platitos de greda!

A intervalos, se impone un bronco reclamo:

—¡A los corderos, corderos!

Chalanes gruesos y embilletados contemplan sin codicia los corderos y cambian tratos mañosos:

—Oiga, "don", si están de baja...

—Los cabros, don...

—Como no hay apuro...

—Vea lo que dice la muralla, don.

Al salto de la calle, en la pared pintada de verde, se dibujan dos borricos platicando, y un letrero grita su mofa:

"AL FIN NOS JUNTAMOS LOS TRES"

Los chalanes carcajean.

—Pero ahora somos cuatro, don...

Los hombres trituran con el pie la cagarruta seca, y los corderos, tendidos y maniatados sobre las piedras, desprecian soberbios la cuchilla aguda que saben en cada mano que les acaricia el pecho y la cola.

En la calle opuesta, limitando la plaza, un enorme carro pintado de sangre. Está detenido en la línea, junto a la acera asfaltada y resbalosa. Hombres descalzos, arremangados los pantalones a media canilla, cargan reses humeantes sobre las espaldas. Blanquean las costillas salpicadas de cuajarones, y la muerte roza la vida apurada, y la vida se apelotona en el ancho portón del Mercado, y forcejea, y pasa, y echa mano al bolsillo, y sobre los fríos mesones cubiertos de mármol regatea las presas con los plácidos anatomistas.

De repente, el barullo se amilana y se oyen claramente las voces sueltas del reclamo:

—¡Flores! ¡Naranjas! ¡Estribos!

El ir y venir bullentes, los empellones presurosos, el grito rural que llama al galopín extraviado, el ruido rebelde de la feria, todo se aquieta y queda en suspenso, y del alboroto de la plaza no resta más que un vago murmullo de colmena. Se oyen susurros:

—Don Infante; ahí viene don Infante; llegó el Intendente.

Seguido de una corte de mucho sosiego, el señor Intendente recorre los puestos y con sus gritos agudos de flauta cambia palabras campechanas con las vendedoras:

—Vamos a ver, María... ¿siempre sigue borracho el sinvergüenza de tu hombre? ¿Dónde está ese redomado?... ¡Y veo que otra vez estás en camino de ser madre, María!

—Una no se puede "fuguir", don Infante... ¿Y cómo está la señorita?... ¡Naranjas dulces!

El guardián de la huasca cierra la retaguardia del séquito.

Está orgulloso de sus botas resplandecientes. Sabe el hombre que el lustre de sus botas es también su propio lustre, y está contento y es pundonoroso. Lleva la fusta en bandolera y tacta el látigo con dignidad de personaje que acaricia su heráldica. Y, repulido y fachendoso, matiza miradas entre las mozas melindreras y el prestigio de sus botas. Al paso de las muchachas hace sonar los tacones:

—¡Que Dios la guarde, mi linda!

Y la sirvienta robusta hace un mohín, se alisa el pelo y taconeá firme, y el hombre imaginero contornea con los ojos y las manos golosas la plasticidad incitante; y después, haciendo una rápida girada, vuelve a quedar prendado de sus botas. Algunos grupos se acercan, y admiran embobados la barba en punta y los bigotes marciales del señor Intendente.

Pero un hombre aprovecha su tiempo, ignorante de cuanto no sea lo suyo. Es un viejaño seco, acecinado, que de puesto en puesto va entregando unos papelitos y recibiendo chauchas. Cuando llega a los puestos de aceitunas, coge un "porongo" y, delicadamente, elige una aceituna de cada puesto, hasta que lo rellena. Después se acerca al bebedero y lava los frutos, uno por uno. Con deleite del hocico acartonado, aquella momia enlutada chupa los frutos saludables, y los ojos hundidos y mortecinos del viejo—burlando la vigilancia de la muerte que los estruja lentamente—reviven azorados, y espían, mientras la avaricia engulle. Un organillo se ríe de la gente apiñada, apilada, contenta de animar a gritos al monito que baila y enrosca la cola; y el mono—vestido de mujer endomingada—se reíe de las mujeres que guardan en el seno el papelito de la suerte.

—Buena facha de patriarca tiene el Intendente.

—Y tan caballero.

—Ayer ordenaba perseguir a los niños, y te confieso...

—Ahora no, mire, Hijo...

La voz aguda del prócer:

—¡Sin pelea, mocosos!

Manos reteñidas de tinta se agitan enfiestadas y pelotean en el aire las manzanas que el Intendente tira a la "chuña". Al saltar, cada niño es un cascabel que suena en los bolsillos la moneda menuda que gana lustrando.

—¡Pelotea, Lucho!

—Pan...

La boca y la mirada en los cielos, los brazos escuálidos agrados a la rodilla izquierda, los cuadriles puntiagudos, el espinazo quebrado en el anca, el pingajo inmóvil repite mecánicamente:

—Pan...

Y el señor Intendente en su flautín entusiasta:

—¡Lucho! ¡Pelotea, Lucho!

Una manzana rebota en los trapos viejos; pero, ausente, Lucho no cierra la boca ni baja la vista. Repite:

—Pan...

—Vieja... ¿pero qué te cuesta darle un pan?

Gozosa, la señora Aurelia busca las manos del pobre niño y afirma en ellas un pan fresco; pero el niño sigue prendido del cielo:

—Pan...

Y así, prendido del cielo, Lucho deja que se vaya el pan milagroso en el hocico de un perro. Juan de Dios se acerca y va cebando pan en la boca abierta, y la boca masca.

Frente a la iglesia, en el desvío, se dan la mano los carritos de sangre y la plataforma se llena de canastos. Y otros carros azulencos, en la calle opuesta, se detienen a gozar el privilegio de su imperial florecida de faldas rurales. Los hombres, desde la tierra mezquina, baten las alas de su picardía y buscan nido a su deseo, y las muchachas empingorotadas burlan con la punta de la lengua, cruzan las piernas y se cuentan los dedos sobre el regazo.

Ahora el señor Intendente da una voz perentoria:

—¡Hombre de la Soga!

Al grito, el vejestorio raposero chupa la última aceituna, se enjuga las manos y busca amparo en un grueso bastón amaestrado en tiritones. Apaga el susto mezquino en los ojos moribundos, y encamina su esquelto hacia la prepotencia del señor Intendente:

—¡Vives todavía, Hombre de la Soga!

—Firme como un peral...

—Viejo eres. ¡Y cobras pensión de guerra sin haber olido la pólvora! Pues—que lo sepa todo el mundo—¡qué lo vuelva a saber, puesto que lo sabe!: Hombre de la Soga, ¡estafas al Estado!

—Señor, que yo estaba en la edad...

—¡Y muy pasado, hombre de la soga! ¡Qué viejo eres! Cuando yo era un muchacho, tú ya habías vendido el alma al diablo, mercero, buhonero... ¡avaricioso!

—Este mundo, señor, es de "dares y tomares".

—¡Tu mundo! Nada más que tu mundo, si no quieres ofender a Dios y a los hombres... Pero te he visto atracarte con aceitunas, Hombre de la Soga. Dime, y mira que va una apuesta con el señor rector... ¿las pagaste?...

—¡Oh!, señor Intendente... El señor las ha adquirido, sin duda...

—Desde que usted es poeta, señor rector, el seso parece haber fugado... y que no estaría en su lugar cuando usted cometió aquello:

*"Las flores son las almas de los muertos,
los muertos son las flores de las almas..."*

¿qué demontres ha querido usted decir, señor rector? ¡El Hombre re la Soga convertido en flor en tiempo no lejano! ¡Dios nos li-

bre! Pero si así fuere nuestro fatal destino, lo prefiero hecho flor... pero ¿y las aceitunas, las pagaste?...

—¿Las aceitunas?... ¿El señor rector supone que las he comprado?... ¡Pero si son de mis olivos! Doy en arriendo los olivos, señores, y si yo pruebo los frutos...

—He perdido, señor Intendente... El seso, ya que el señor Intendente ha tenido la bondad de hablar de mi estro... el seso no me explica esta... esta... ¡adquisividad! Digo y repito: adquisividad, señor Intendente, adquisividad sorprendente...

—Vea, señor rector, y no se alarme, que yo sólo las he probado discretamente...

—Ripios y ripios...

—Una aceitunita de cada puesto, nada más, señor rector. Y son buenas por buenas y por mías...

—Todo es tuyo en este pueblo, Hombre de la Soga, y no todo es bueno...

—Dares y tomares, señor Intendente, eso es el mundo...

—¡El mundo tuyo! Los almacenes de las grandes tiendas y las más miserables pocilgas; la tinta y la pomada de los lustrabotas; las gallinas de tus arrendatarios; las perdices de los cazadores... y hasta la pierna de palo de los cojos... ¡Todo es tuyo!

—También las flores, señor Intendente...

—De veras, señor rector. ¿Conque tú metiste las semillas para la Plaza?...

—En buen concurso, señor Intendente.

—¡Conque salgan rábanos! Pero seré yo quién te haga colgar en la Plaza a ti, hombre que aprietas la soga a todo el mundo; hombre que estrujas a la patria, y que te atreves a decir que eres patriota y que has expuesto tu sangre... ¡Tú has dicho eso!

—Alguna vez, cuando se me olvida. ¡Hay tantos que dicen lo mismo! ¡Hasta generales! Ahí tiene usted al general...

—¡Calla! ¡No cometas la vileza de aliviar tu crimen con la

comparación monstruosa! Pero, dime, Hombre de la Soga, ¿qué me cobras por la reprimenda?...

—Un cigarro.

—Toma. Me temo que tu descendencia te supere... Un señor de horca y cuchillo no quisiera otro procurador que tú... ¡Pero ya encontrarías maña para arruinar a tu propio señor!

—Soberbio cigarro, señor Intendente... ¿Pero quién me hace el favor de un fósforo?... Y ese su vozarrón tan fresco, señor Intendente... ¡Envidiables pulmones!

—¡Como para pulmones, los míos, Hombre de la Soga! ¡Mis voces de mando las oía el enemigo! Mientras que tú... ¡esqueleto!, en casita, amasando dinero... ¡Y ahora cobras pensión! ¿Cuándo te decides a morir? Se purificará el aire, Hombre de la Soga... Será el primer bien que hagas...

—Soberbio cigarro, ¡qué soberbio cigarro!...

Olor a sebo de velas. Canturreo de rosario. Niños revestidos a lo deán, mujeres fumigadas con incienso, hombres cruzados bajo palio; cintas, medallas; frailes con una oblea estampada en la coronilla; velos estrellados alboreando las imágenes, y, con imperio de conquista, el largo rezongo impone silencio:

"... Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo..."

"... Padre Nuestro que estás en los cielos..."

Al paso de la procesión, los huasos marrulleros levantan el ala derecha de la manta de castilla, estiran el brazo y se quedan con el sombrero en la mano, sin bajarlo, haciendo sombra sobre el rostro. Algunas polleras se arrodillan. El Intendente y sus caballeros se descubren respetuosos, gravemente y besan sus dedos crucificados. El hombre de la huasca hace resonar sus tacones y se queda tieso, firme. La señora Aurelia mueve los labios, rezando para ella sola. Juan de Dios conversa con su reloj de ní-

quel. Y el Hombre de la Soga cierra los ojos y acaricia una moneda en el chaleco, y así, apercaminado entero (pergamino el rostro y las manos, la carne y los huesos), piensa que el morir no sería de temer sino fuera que... los cirios, que las letanías, que el responsorio... "porque todo se vuelve tomares para los vivos, pero nada de dares para los muertos"...

—Porque si el muerto no tuviera que pagar la pompa, suspira, buen negocio sería el morir.

Pero decide no morir:

—Mis huesos no sabrían morir. Aprendieron a no morir desde aquella época...

Efectivamente, hace ya tiempo, a los cincuenta años de economías, de carácter, sintió alguna debilidad en los huesos.

Un pedazo de teja (sin uso posible), bien recalentado al sol y aplicado a las partes doloridas, no dió el resultado radioactivo que él intuyó de oídas. Tampoco consiguió nada del milagroso barro de la calle. Tampoco del agua. Tampoco de actitudes rituales: meter la nariz al fondo del lavatorio y mantener la punta de la cabeza en dirección al polo norte; decir con energía y con la más completa convicción, una y diez veces: "gozo de perfecta salud, gozo de perfecta salud"... Inútil. Entonces, examinó su vida, es decir, sus gastos. Solo, en su pieza, alumbrada tenue y poéticamente por el farol callejero, examinó su vida, es decir, sus gastos, y llegó al siguiente dictamen:

—Efectos de comprar tanta carne.

Y para evitarlo, y al mismo tiempo tener ocasión de templar más aún su voluntad, habilitó una esquina para carnicería y arrendó el local. Dijo:

—Hay que hacer el bien, evitando el dolor. Que ningún arrendatario pueda verse en apuros a causa de los vencimientos mensuales. Pasaré a cobrar todos los días, y Dios—que todo lo ve—ha de tener buena cuenta de mi sacrificio.

Para ahorrar gastos de letreros al arrendatario, permitió a un

artista del pueblo ensayar pública y gratuitamente sus debilidades por la plástica. Y de esta manera, el Hombre de la Soga fué la mano benéfica del arte, aunque—en resumen—apretó la soga al artista. Pero el artista encontró ocasión de lucir. Sobre la puerta de la esquina, plasmó unos cuernos enormes y enroscados, y complació en ellos sus miradas melancólicas. Y no se bajó de la escalera hasta que, al pie de la obra, grabó el nombre del artista: Arturo Venegas. Desde entonces, el Hombre de la Soga no ha sentido dolores a los huesos. Muy de mañana, siempre muy de mañana, la momia viviente entra a la carnicería y pinta la mejor sonrisa el pergamino de su cara, y su voz apagada saluda con el buen deseo invariable:

—¡Prosperidad! ¡Prosperidad!

El carnicero se apresura a pagar el arriendo del día que se inicia, y también a envolver las criadillas del mejor cordero, regalo que ya es ley de tradición. El vejete guarda cuidadosamente la cartera, coge el paquetito tibio y se despide:

—Hasta mañana, y buenos negocios.

—Gracias, don Rufino, que se “conserva” bien.

Pero cuando ya don Rufino arrastra sus huesos en la calle, es una sola voz la del carnicero y la de los compadres:

—¡Viejo de los diablos! ¡De los grandes diablos!

Y caminito de su casa, don Rufino se olvida de hacer temblar el bastón, acaricia golosamente la suave turgencia del paquete, y recuerda lo de aquellos años:

—Pero el mejor remedio es no comprar carne...

Recuerda que cuando estuvo enfermo hizo más aún. Llevado de su afán de sembrar el bien, insinuó en los corrillos, melifluo, tenaz:

—Caballeros... esta cochina vida de dares y tomares—que si tú me das, yo te doy—que si tú me das primero, yo te daré también—que yo primero y tú después—se acaba... ¿y?... ¿y vamos a parar a dónde?... Pensemos en la muerte, caballeros.

Y consiguió formar la "Sociedad del Mausoleo". Se hizo nombrar tesorero. Dijo modestamente:

—Yo tengo ciertas condiciones.

Y dijeron:

—Condiciones, y dinero con qué responder... un cualquiera, con perdón de los honorables socios, "puede arrancarse con los tarros".

—Esa fué la palabra usada. Meticuloso y honrado, cobró las cuotas durante treinta años. Hace cinco años que cobró la última, en el lecho de muerte de su presidente y rival, don Pantaleón. Ahora, en este mismo instante, al ver la profusión de blandones, y al considerar la frailería innumera, decide no morirse. Y su decisión tiene sus basamentos:

—Cierto que estoy libre de cuotas por lo del nicho—piensa don Rufino, acariciándose una moneda escondida en el chaleco; pero no me hace gracia costear la pompa que no he de ver...

Y—aunque parezca mentira—don Rufino sigue pensando generosamente, á mano abierta:

—¡Con qué gusto iría la gente a enterrarme! ¡Y los chascarrillos que me colgarían! Ociosos. ¿No dicen que tengo pacto con el diablo?... ¿Y que el dios diablo no me recibirá por temor de que yo practique "la diligencia" y proceda al embargo del infierno? ¡Imbéciles! Sólo el derroche es virtud para ellos. Pero mis huesos no sabrán morirse. Que don Pantaleón tenga paciencia... ¿No me suplicó el muy taimado que no lo hiciera esperar más de una semana? Suerte que alcancé a cobrar la última cuota...

Acaricia la moneda escondida en el chaleco, empollando centavos, y gozan sus huesos.

La procesión da una vuelta completa a la feria, y al volver a la iglesia, en tanto se esfuman los cirios, y los mantos, y las cogullas y las imágenes oropeleras, queda vivo en el aire el rastro del cántico sagrado:

¡Ohh... Marii-aa!
 ¡Madre mii-aa!
 ¡Oh consuee-loo
 del mortaal...!

Y, acá, en el barullo de la fiesta, perdido en el mar de buenas personas que mercan comistrajos, abismados los ojos en el cielo profundo, indiferente, Lucho repite:

—Pan.

De pronto la gente se aglomera. En la esquina, en la curva que hace la línea de los carros, se detiene una fila de hombres y mujeres, todos ascéticos, limpios y humildes. Un hombre riguroso se adelanta sombrero en mano, voltea los brazos al medio de la calle y anuncia a grandes voces:

—¡Ha llegado la hora, hermanos! ¡Arrepentíos!

Los placinos pintan una sonrisa diabla en su cara de greda retostada, y mofan:

—¡Canutos!

Pero el hombre pregona ardientemente:

—“¡Arrepentíos, que el reino de los cielos se ha acercado!”.

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cansados, que yo os haré descansar!”

“¡Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí; que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas!”

El mujerío escandaliza:

—¡Callampas del diablo los canutos!

—Fíjense que leen la Biblia, y es un libro prohibido; fíjese, doña Mariíta que ni los curas lo leen...

—Si lo leen en la misa, comadrita...

—Pero un “pichín”, no más, comadre, ¿no se ha fijado? Lo demás está prohibido y son cosas del diablo...

—¡Canutos!

Los turcos salmodian, agachados sobre sus canastos repletos de baratijas:

—¡Alfileres! ¡Jabón de olor! ¡Todo a cuarenta!

Y la flauta del Intendente:

—¡Hombre! Los canutos no beben y eso está bueno. Y los católicos—lo digo con vergüenza, señor rector—fomentamos la cantina y la prestigiamos hasta con el Santo Sacrificio.

—Ahí tiene usted a Moyano, el español, señor Intendente, con un burdel pegado a la iglesia, en propiedad de la iglesia, y él, un alcahuete, cantando en las misas solemnes...

—Verdad, señor rector. Los canutos no beben... es una vergüenza para nosotros. ¿No te parece así, Hombre de la Soga?

—El que no beban me parece muy mal, sea dicho con perdón del señor Intendente. Estoy con los curitas y con la misa, y ojalá que fuera con vino de mis viñas...

El predicador, en medio de la calle, sombrero en mano, concluye su perorata:

“...aprended de mí; que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas... ¡Porque mi yugo es fácil y ligera la carga!”

Después se vuelve a los suyos:

—Hermanos, cantemos...

Y los fieles humildes y limpios se ponen en marcha, cantando:

*“Pecador, ven al dulce Jesús
y feliz para siempre serás!...”*

Y en la Plaza, Lucho, monótonamente:

Pan...

—Todas las religiones son buenas, Hijo...

- Temor a la muerte, Vieja. Y loca pretensión de eternidad.
—Eso del infierno...
—Para amedrentar a la bestia, pues.
—Pero el cielo...
—Ración para la bestia.
—¿Quiere que compre esta Virgen del Carmen tan linda?...
—Bueno.

El cromo representa a una señora de amplio regazo sentada muellemente en algodones de nubes. Rostro sin pecado y sin pena; cabellera joven y rubia; y corona, la corona de siempre de las reinas efímeras de este mundo tan vulgar, tan humano. En su rodilla izquierda, sobre un almohadón rojo, está sentado un niño rollizo y descalzo; pero se ve que nunca sus patitas de roña han pisado el barro. Ambos, la señora y el niño, miran de frente al público, y cada uno por su lado exhibe un escapulario y ansían competir. Parece que en el cromo se han juntado por casualidad a vender embelecos y a gritar con el gesto:

—¡Este es más bonito!

La señora Aurelia contempla extasiada su preciosa Virgen, y su mirada mansa agradece el regalo que le permite su hombre.

—Es tan milagrosa mi Virgencita...

—Mejor...

Juan de Dios detiene entristecida la mirada en el harapo que pide pan, y murmura con lástima:

—Llévate a este pobre diablo, Dios...

Intenta justificarse en su anhelo, en esa fe acurrucada que florece en sus labios:

—Porque yo quisiera un Dios con más sentido...

III

Se acerca un vivo tropel de pueblo. Estandartes: "Unión de Zapateros"; "Unión de Lecheros"; "Unión de Artesanos". Y en el centro—amansando los tonos chillones de los estandartes—un blanco y candoroso mantel de seda, exornado de letras de oro: "Partido Demócrata". Un abdomen inflado y redondo hace equilibrios en sus patitas cortas, y va todo vestido de negro, y sostiene en el ombligo el asta del mantel de seda. Habla:

—Ya ve mis canas, don Pancho; pero yo no aflojo.

—Así es, no más, don Romilio.

—Toda la vida he sido abanderado de la...

—Así es, no más, don Romilio.

—Y no he querido ser diputado, porque...

—Así es, no más...

—Los comunistas son pura bulla.

—Yo qué sé, don Romilio.

—¿Pero qué diablos es usted en política, don Pancho?

—Soy pobre, no más, don Romilio.

Mujeres demacradas y paridas, los ojos hundidos y el mirar afiebrado, avanzan con sus críos en brazos y acriminan al sol y al mundo con la dura afrenta de su condición de parias. Y en la vanguardia del desfile, los hombres decididos y harapientos enarbolan alegres gallardetes rojos.

—¡Viva la unión del proletariado!

—¡Abajo el imperialismo extranjero!

—¡Abajo los partidos burgueses!

—Pero mire, camarada Pedro, usted que ha andado tantas tierras, ¿los demócratas no son colaboradores de la burguesía?

—El partido sí, camarada; en cuanto a los individuos, no tienen culpa alguna. Están determinados por su propia naturaleza: cuando la barriga supera el espíritu, el hombre busca su elemento en un partido que no fastidie mucho. Por lo demás, camarada... ¿pero por qué me mira con ese ojo tuerto así? Su ojo tuerto es malo, camarada Agustín... tiene una malicia de todos los diablos, y esa pata coja que usted se gasta, camarada Agustín... su ojo en tinieblas y su pata...

—Bien me conoce mi camarada, y sabe que me estoy riendo de todo. Tuerto y cojo, no me queda otra que reírme. Pero, camarada, ¿por qué usted para responderme amontona vulgaridades? La actitud de los partidos populares, algo obreristas, algo oportunistas, usted la explica sin brillo, y para salir del paso recurre a mi ojo tuerto y a mi pata coja...

—Bien, camarada Agustín... y después de todo, por sobre todas las cosas, el genio que mueve a las masas...

—No me diga que es el estómago, porque eso es demasiado cierto. Busque una manera de decir las cosas de otra laya, no tan de sopetón... escriba un tratado, un estudio, una requisitoria. Una cosa que no entienda nadie, con terminachos técnicos, ajustados a la dialéctica revolucionaria y proletaria, algo que las masas no entiendan. Las masas no necesitan entender, nunca necesitarán entender. Y cuando entienden, dejan de ser masa. Este desfile sin asunto, es un ejemplo. Yo vengo mezclado en la masa, arrollado por la masa; pero—desde el momento en que me doy cuenta del truco—ya me quedo divorciado de ella, y todo, absolutamente, nada más que por haber razonado. Soy un proletario, y proletario de veras, por los cuatro costados, y no creo en mi clase... Es demasiado bruta. Y no me diga que no, camarada. Y cuando mi clase deje de ser bruta, grosera, instintiva, cruel, injusta y mercenaria, dejará de ser muchedumbre

y pasará a ser individuo... individuo ¿entiende? ¡Personalidad!
Y entonces... ¡al diablo la revolución!

—¡Intelectual reaccionario! Un pobre cagatinta de imprenta como usted... ¡diablos! Por un paco me partieron la frente; y ahora por un periodista fracasado...

—¡No me diga! El periodista, zapatero letrado, es siempre, ha sido siempre un fracasado. Y si alguno logra triunfar económicamente—porque algunos triunfan—¿cree usted que el éxito económico del periodista es liberación, plenitud espiritual?... Mientras más arriba en el éxito de esa calaña, más hundido en la mugre y en los dengues...

—¿Dengues?...

—¡En las porquerías! ¡En las concesiones! ¡En las negaciones de la propia personalidad! ¡Al diablo con todo!

Se afirma en el bastón, guiña al sol el ojo tuerto, y grita a pulmón lleno:

—¡Viva la revolución social!

Pedro sonrío un poco desconcertado. El grito de Agustín ha sido poderoso, y la muchedumbre ha rugido, y las banderas, y los estandartes han tremolado:

—¡Viva la revolución social!

Pedro se destaca en la primera fila. Agustín, cojo y tuerto, tuerto y cojo de una sola vez (si no fuera cojo no se explicaría que fuera tuerto; si no fuera tuerto no se explicaría que fuera cojo), es todo entero un bulto a la rastra de su bastón, y el bastón sigue los pasos de Pedro, y el bulto (igual que el atadizo de los vagabundos) cuelga de los hombros del obrero en marcha. Pedro, alto y moreno, con una larga cicatriz que le raya la frente hasta el ojo izquierdo, aprisiona el pecho amplio en un "jersey" azul oscuro. Y a la derecha de Pedro, haciendo contraste con la mengua del cojo-tuerto, un monstruo marino escapado del fondo de los mares, los bigotes lacios, chorreados,

suda vino emulsionado y, a duras penas, avanza, mientras resuella:

—Oiga, Pedro, ¡buena la sed regrande, compañero!

Adelante, las banderitas rojas soffaman el aire. Y, más atrás, una faja de lienzo del ancho de la calle camina afirmada en dos palos. Y el lienzo grita con la boca pintada de sus letras de sangre:

“¡PROLETARIOS DEL MUNDO, UNIOS!”

La calle es una sola mancha oscura y estremecida en oleaje fragoroso. Y respuntando las filas, gallardas orlas azules de policía ecuestre. La miseria canta:

*“¡Arriba los pobres del mundo!
¡De pie los esclavos sin pan!...”*

Y solo, pegado a los adoquines de la Plaza, prendida la mirada en los cielos, Lucho soporta la presencia de Dios, y Dios se adormece con el plañido de Lucho:

—Pan...

Resonar de cascos, donaires de caballería. Amenaza de sables entrechocados. La policía caracolea los caballos y encauza el desfile por el centro de la calle. Un oficial suntuoso, sable al hombro, siembra miradas heroicas de lado a lado. La grupa del caballo se restriega, naturalmente, en las narices de los espectadores, alineados en la solera. Juan de Dios, molesto, sin respeto al caballo del señor oficial, resiste la cola magnífica con la mano izquierda, y con la derecha le da una sonora palmada en el anca. Quisquilloso el bucéfalo, hace un rápido esguince. El oficial pierde el aire impávido; pero instantáneamente encaja las posaderas en el tornillo de la equitación, y, atornillado entero, seguro, cincela en la eternidad de lo fugaz su propio monu-

mento, levantado el sable. El instante preciso en que se hizo piedra su gesto de garzón de la muerte, instante tan fugaz para el ojo callejero, correrá, sin embargo, hecho piedra, cuajado en monumento, a través de los siglos y de las constelaciones. En realidad (para el ojo callejero), el caballo, ahora, da botes y la gente se arremolina.

—¡Pero qué bruto el general! ¡Casi atropella a mi mujer este bruto!

El sable desnudo—al compás de los botes del caballo—hace señas luminosas en el aire. Y Juan de Dios, riéndose, grita:

—¡Cuidado con el alfiler, monito lindo!

La señora Aurelia sostiene en alto la Virgen, con la cara al cielo, y sobre el vidrio tiemblan y resbalan las violetas. Caen algunas y se enredan en los cabellos rubios de la devota.

—¿Tienes miedo, Vieja?

—No; pero mi Virgencita...

—¡Vaya! Pasa tu Virgen.

Y Juan de Dios avanza trabajosamente, los brazos levantados, en actitud de hombre sometido. Y la Virgen, así defendida, en gesto de paz y en símbolo de esperanza, al compás de los empujones, desparrama violetas sobre la tremolina.

La señora Aurelia sigue a su hombre sonriendo confiadamente y va diciendo para sí que, en realidad, toda religión es buena, y que es buena hasta la religión de no tenerla. Adivina que Juan de Dios, su hombre, es profundamente religioso en ese sentido, y está contenta con la religión de su marido que no tiene religión.

Tras el grupo de las banderitas rojas, a la luz del sol violento, se hace diáfano y lejano el letrero rojo de la redención: "Proletarios del mundo..." Lo demás no se ve.

Apresurado y nervioso, recorre las filas un militante de boina y de patillas a lo torero. Esgrime un bastón flexible, y golpea el aire con el brazo recogido, remachando en cada golpe el enérgico acento de la consigna:

¡Tra - baaa - jóo - té-cho y páan!

¡Tra - baaa - jóo - té-cho y páan!

—El grito está malo, don Pancho, para que vea... En habiendo trabajo, hay de todo. ¿No le parece, don Pancho?

Tropieza el abdomen inflado y el asta se le hunde en el ombligo. Pero las piernas cortas se hacen tronco y todo queda firme, abdomen y orifloma. Suda, sin embargo, el abanderado de la democracia y se enjuga la cabeza blanca con un gran pañuelo a cuadros. Con donaire y brío, ahora que se sabe seguro en sus piernas, insiste:

—El grito está malo... ¿No le parece, don Pancho?

—Así es, no más, don Romilio; pero quién sabe...

—Le digo que está malo; que en habiendo trabajo...

Y don Pancho se calla. Se mete, doblado en dos, en tres, en cuatro partes, dentro de sí mismo. Menudo, los trizados anteojos sobre la nariz, explora el aire con los labios estirados, oliendo. Y repite, obsesionado, con el pensamiento: "Trabajo, trabajo, trabajo; dale que dale con el trabajo; pero yo trabajo todo el día, dale que dale; toda la vida, dale que dale; y toda la vida porotos; porotos, dale que dale; y tantos chiquillos; todos los años un chiquillo, dale que dale..."

Entonces, bruscamente, toma del brazo al pequeño barril abanderado, al pequeño barril contento, y el mantel de seda se estremece y le roza los anteojos. Y bajo la cándida blancura del estandarte, don Pancho se acomoda los anteojos, y, con voz de hombre, mirando del revés las letras de oro, afirma rotundamente:

—¡El trabajo no soluciona nada!

Pero su voz entera se amilana al instante, y agrega:

—Pero yo no sé...

Alegría de pañuelos rojos en el aire. Y Juan de Dios, con la Virgen sobre su cabeza, desparramando violetas, sigue el desfile

sacudido por los empellones. En la esquina, dominando el remolino a nivel de la muchedumbre, con la nariz dilatada, la barba atrevida, el señor Intendente revive los combates y recuerda que en las batallas la bandera de Chile es toda roja. Juan de Dios camina contento y joven. Su contento se lo llevó, volando, fuera de la tierra, y está, en estos momentos, no sabe a dónde.

Camina por caminar, lejos de sí mismo, ausente de los empellones, olvidado de la virgencita pintada que sonríe, sobre su cabeza, irradiada por el vidrio, al viejo Dios que lo sabe todo y que no dice nada. Juan de Dios se olvidó para siempre de Juan de Dios, contento y joven. Y de repente, una mano hincó un zarpazo en su hombro, y se vuelve asustado y rápido. Al volverse, abre los brazos y cierra los puños, pronto a la defensa. Tiene la visión instantánea del oficial de policía, el presentimiento de lo brutal, materializado en el uniforme, en el sable, en la parodia de monumento repetida hasta el cansancio sobre la tierra. Abre los brazos y cierra los puños, alerta, engarabado. Y el cuadro de la Virgen se viene abajo y las violetas caen llovidas sobre las cabezas. El vidrio se triza y se muele con ruido de limadura bajo los pies presurosos. La señora Aurelia clama desolada:

—¡Mi Virgen, Hijo por Dios!

Unos ojos hundidos, muertos, están clavados en el susto de Juan de Dios. Y don Rufino, el acecinado Hombre de la Soga, sin dar importancia al susto de Juan de Dios, abstraído en sus pensamientos, echa números:

—¿Cuánto cree usted que se ha gastado en lienzo?

—¡Viejo idiota!

—Lo menos cien pesos.

Y don Rufino, bajo la presión de la tropelía, se incrusta en el hueco de una puerta y ahí se queda acurrucado, ajeno al tumulto, acariciando la moneda del chaleco, escondida, clueca, empollando centavos.

—Buen negocio, murmura.

Pero, en ese momento, don Rufino es un incomprendido más bajo la yema frita del sol. Un poeta de la economía.

—¡Qué desgracia, Hijo!

—Perdóname, Vieja. Te pagaré tu Virgen apenas nos paguen.

En tanto, propagado de pecho a pecho, se hace robusto el himno promisorio:

.....
 “¡Agrupémonos todos
 en la lucha final!...”

.....
 “¡La tierra será un paraíso
 de toda la humanidad!...”

—Cada pedacito de tierra cultivado con las manos, don Pancho; pero hay que cultivarlo, ¿no le parece? Porque los flojos...

—Así es, no más, don Romilio; en teniendo el pedacito...

El vocerío acompasa:

¡Tra - baaa - jóo - té-cho y páan!
¡Tra - baaa - jóo - té-cho y páan!

En la bocacalle se detiene el desfile. Se apiñan los estandartes orlados y se aquietan mansa y correctamente. Las banderolas rojas siguen agitadas y llamando, soflamando el aire.

Pedro, el de la cicatriz, al llegar al centro de las calles tajadas, se encarama en un cajón, alza los brazos y el silencio estira el oído. El “jersey” marino ciñe el pecho pleno del hombre. Brillan los ojos negros amarrados a la cicatriz, y desde el sonoro prestigio del cajón, el hombre cierra el puño y levanta el brazo. Perora:

—¡Camaradas! ¡Por la unidad proletaria! ¡Por las reivindicaciones más sentidas: trabajo, techo y pan!

—¡Qué grande la cicatriz que tiene en la frente!

—Es un hombre, Vieja.

—Dale que dale con el trabajo, don Romilio.

—Pero en habiendo trabajo, don Pancho... Es que los flojos...

—Así es, no más; pero yo estoy deslomado, y no se me ocurre cómo decirlo, porque el trabajo es una porquería, don Romilio; el trabajo alegre en el pedacito de tierra común... eso, eso...

—¡El proletariado tiene una sola patria! ¡La patria del proletariado, camaradas! ¡Rusia!

Súbitamente, el señor de la flauta se abre paso con energía. Tiembla su barba blanca y vibra su voz aguda:

—¡Descastado! ¡Retractarse! ¡Re-trac-tar-se!

—¡La violencia, camaradas! ¡El atropello, camaradas!

—¡Re-trac-tar-se! ¡¡Oficial!! O-fi-cial... ¡Hágame que este individuo grite: ¡Viva Chile! ¡Que gri-te!

Remolinos. Galope de caballos. Remolinos. Ruidos de sables. Huída loca de la muchedumbre. Enredo de estandartes. Pañuelos rojos cegando los caballos. Desafío clamoroso de mujeres:

—¡Asesinos!

Una madre embraza a su guagua y la juega como un escudo frente a la bravura del sable, y torea al policía desatentado y le grita afrentas:

—¡Cómetelo, perro; cómetelo!

Y los pobres pañales se aflojan y queda desnudo el cuerpecito del niño, y aquella miseria es apenas un blandujo esqueleto apuñado que lloriquea. El policía encabrita el caballo y lo revuelve, y cae la mujer, y el caballo la salta, sin pisarla; y en los adoquines, la madre recoge las piernas flacas sobre el pecho, y se hace un ovillo, y aprieta a su hijo contra el sexo al aire, defen-

diendo a su hijo, escondiendo a su hijo, tratando locamente de esconderlo en la entraña palpitante.

Y entonces grita el Intendente:

—¡Cuidado con las madres! ¡Salvajes!

Y atropellando los vientos, entre dos caballos, al trote de los caballos, amarrado de las muñecas laceradas, el pelele eterno, rey de la creación, además, es arrastrado sobre los adoquines, bajo la mirada fría de la Providencia. La cabeza del hombre echada atrás muestra al sol la profunda cicatriz de la frente. El "jersey" azul va manchado de sangre negruzca. Y las cabalgaduras lucen el trote largo y sonoro. Los policías, de medio lado en la silla, afirman tensas las correas que arrastran al hombre. Y la voz humana grita a los caballos marciales:

—¡Camaradas!

Y, después del tumulto, sólo queda en los adoquines la estampa de las herraduras en la bosta. La feria recobra su nervio y su canción:

—¡Naranjas dulces!

—¡Jabón de olor! ¡Agujas! ¡Todo a cuarenta!

Y Lucho repite y repite su eterno llamado a las nubes:

—...Pan...

IV

A empujones lo metieron en el calabozo. La puerta de fierro lo apretó contra las sombras. Defendido por la espesa noche, el respirar y el movêrse; el quejarse y el pensar, eran ya asuntos de su albedrío soberano.

Pedro se lleva las manos a la boca y sopla levemente en el ardor de las muñecas inflamadas. El frescor picante cosquillea en el brazo, y salta al cerebro, y baja estremecido por el dorso. Da vueltas despacito sobre la lengua a su carne magullada hasta conseguir fajar con saliva el escozor. Su pensamiento está acurrucado y tímido. Si fuera posible no pensar, de buena gana no pensaría. Y piensa:

—Soy un perro lamiéndome.

Fugazmente destella el resumen de su vida en una palabra crepitante:

—Palos.

Al tropezar con el muro alquitranado y viscoso, busca apoyo en el rincón, hunde el pecho y se cruza de brazos, quejándose. Suavemente trata de amasar en el muro el hombre dolorido, y crujen los huesos. Intenta recoger una pierna; pero no tiene fuerzas para moverla, y los huesos crujen.

—Me descoyuntaron todo.

Orgullosamente relincha un caballo en las cuabras. El relincho vibra roncamente en la puerta de fierro. Después, nada. El silencio está muerto y enterrado en el calabozo.

Pedro es tomado por una preocupación banal:

—¿Qué hora será?

Siente calor en los párpados pesados, adhesivos. Hince los pulgares en la tumefacción de los pómulos y afianza los índices bajo las cejas, y estira los dedos poco a poco. Los párpados se despegan del humor ligoso. Es un monstruo, ahora, con grandes y pálidos anteojos en las tinieblas. Está anegado de sombras. Alarmado y febril, los dedos tirantes, quisiera rasgar los párpados, sacarse los ojos "y ver si veían". Sí que ve en la ausencia, y vivamente, lo que ya no es; lo que, acaso, después de todo, no haya sido nunca: el día de sol, la muchedumbre entusiasta, las banderitas rojas; el espolín niquelado y punzante del policía hediondo y azul; sí que se ve echado atrás, con el sol en la frente, frente a Dios, y Dios sonriendo, suave, benigno, un poquito tontificado ya, después de tanto incienso; un poco borracho de humo, abotagado, adormilado, sin ver la cicatriz del hombre, sentado sobre la angustia del hombre, y el hombre arrastrado de las manos entre dos caballos, arrastrado entre dos caballos para glorificar a Dios, creador del hombre y de la patria; sí que Pedro, ciego como está, ve "el calamorro" hambriento que le hundió las costillas, y el puño cobarde que le martilló el rostro; sí que Pedro ve nítidamente su vida entera; todo lo que ya no es, lo que, acaso, no haya sido nunca, lo ve cristalinamente, con vista clara de ciego. Entonces piensa con extraño gozo:

—Estoy ciego.

En el calabozo es una nuez cascada su risa. El, con esas manos que tiene para la obra fina, tendría que implorar quejumbrosamente:

—Una limosnita, por amor de...

—¡Bah! Yo diría por amor a los hombres...

—¡No! Me mataría...

Y tanto que había luchado. ¿Para qué?... Tantos y tantos años de vida limpia... ¿para qué? Buen camarada, viejo camarada, firme, duro... ¿para qué? No es que le derrote su dolor;

lo amilana un poco la fatal y eterna lejanía del ensueño eterno... ¡Sentimentalismo!, rechaza enérgico. Pero el recuerdo persiste en llegar, y el corazón está blandujo después de las patadas... Es mentira que el corazón se pone heroico con las patadas... se pone blandujo, y añora, y echa de menos el brasero, y la lluvia, y el cuento de invierno. Y echa de menos la sonrisa, la mentira piadosa de la pobre mujer que sale al camino... ¿Qué será de la pobre?, piensa. Su padre... Pedro lo ve, lo siente. "El Veterano", como lo llamaban, el viejo portero de la Escuela de Medicina. ¡Cómo le gustaba de pequeño oír los fogosos discursos de los estudiantes en huelga! Y aguaitar en la clínica. Nunca tuvo miedo a nada. Desde muy niño se dió cuenta de que el hombre es una calavera. A su viejo, "El Veterano", lo mataron en la calle. Y lo mataron de una sola lanzada, junto a las rejas de la Escuela. Los estudiantes descuartizaron científicamente a su pobre viejo. Vió la calavera pelada, limpia, sobre una mesa de mármol. Pero le dijeron que no era la del viejo. Mentira: era la del viejo. Tenía el sablazo, al lado izquierdo. Tantas veces que jugó con la cabeza de su padre y corrió los dedos hurgones por la hendidura. El veterano estaba orgulloso de su marca. Era su orgullo. No tenía otro defecto el Veterano que ese: estar orgulloso de una cosa fea. Como si hablara de una mujer muy amada, decía:

—Me la traje del Perú.

Los estudiantes siguieron descuartizando y haciendo huelgas. En sus manifestaciones lo llevaban de la mano; y cuando la cosa se ponía seria, lo tomaban en brazos, y corrían con él. A Pedro le gustaba que las cosas se pusieran serias. Cuando creció algo —lo necesario quizás— sudó mucho lustrando los pisos; pero tenía un hermoso delantal blanco, y también un gorrito blanco, lindo.

El rostro moreno se acharolaba con el esfuerzo y se incendiaba el negro intenso de los ojos; pero sentía alivio canturreando:

“El hombre es una calavera”. Creció así, de cabeza sobre los pisos lustrosos, fregar que fregar. Cuando las tablas quedaban hechas un espejo en que podía verse el sudor, entonces se quedaba contento y un poco engreído.

En una de las huelgas, los estudiantes lo forzaron a que dijera cosas desde una mesa alta, en medio del patio, bajo una palmera grande. Lo agarró el remolino del entusiasmo ante los ojos ardientes que lo incitaban. Y principió echando fuera el secreto de sus meditaciones:

—El hombre es una calavera...

Aplaudieron rabiosamente aquella frase. Tantas lumbreras en potencia de la cirugía no habían caído en ello, y proclamaron su generosa sorpresa ante la palmera grande y mal peinada:

—¡Qué original!...

Entonces Pedro sintió una borrachera y pegó sobre lo mismo:

—Mi padre fué una calavera que se trajo un sablazo del Perú...

Tempestad de aplausos. Más y más calaveras. Hasta que concluyó, ahogándose:

—Por eso debemos ser humildes...

Fué un discurso muy bonito. Lo recuerda bien ahora, molido el cuerpo, sepultado en el calabozo. Lo recuerda bien y murmura:

—Por eso me echaron a la calle.

De Santiago se embarcó para Valparaíso en las pisaderas de un tren de carga. En Til-Til le dijo un palanquero:

—Oiga, “amego”... ¡suba pa arriba!

Y subió al techo del carro, y al primer remezón de la partida resbaló en las tablas alquitranadas con humo; se fué de espaldas y se agarró del cielo, y volvió de cabeza, y cayó de bruces, y lo envolvió el humo, dibujándole un pelaje deshilachado, y el pobre animal palpitante arañó con las cuatro patas el techo sonoro, desesperadamente, a manotazos con la muerte divertida.

—¡Agárrese, amego!...

Y se agarró con ganas.

—Oiga, amego, abra las piernas y aliviánese, así... mire "pailante", no más... pa la máquina, amego.

De veras. Era fácil. Moría el áspero trote del tren en sus músculos esponjados. Sintió que el largo tren en marcha era apenas una sucesión de cajitas de fósforos bajo la majestad de los cerros adustos. Una cabrita blanca lo saludó con un corcovo desde la más alta saliente de una roca aislada, fugada de la cima, pretensora de alas. De repente, el tren cubrió enloquecido, disparado de cabeza contra los muñones de piedra de la montaña; y la montaña entregó su seno oscuro y lo dió a luz frente a la gloria del valle que se ensanchó a sus pies, en el fondo, verde y lejano. El palanquero cantó:

*¡Tened compasión
tened piedad,
para Balmaceda
que muerto está!
para Bal-ma-ce-da
que muerto está...*

En el Puerto, vagó por el malecón. Recibió y propinó bofetadas. Trabajó. Se le llenaron de mar los ojos negros. Una mujer morena lo enredó con la cinta roja de sus crenchas, y anidaron su jornal entre la calamina de una casucha. Solitaria la casucha, balanceada por el viento sobre la quebrada del cerro Toro, acogió a Pedro sin preguntarle nada. Y Pedro quedó adherido a las latas sonoras, prendado de esa alegría de pañuelo cuequero. Y se entregó confiado, hecho un ovillo, agradecido de las palabras:

—Mi perrito lindo...

Trabajó. Y los días domingos, frente a la quebrada, frente

al mar, el vino a la mano, "su china", la pobre, le hurgaba la cabeza suavemente, y el sol hurgaba también, tibio, bueno. Caída la cabeza en la falda de la mujer sin apuros, heráldica de la fatalidad, bien chilena, gracias a Dios, Pedro dormitaba largamente, sin calaveras en el pensamiento. Trabajo, y vino, y mujer, y nada de piojos, Pedro estaba hecho un ovillo regalón. Entonces, para matar las tardes, para tener algo de qué hablar, comenzó a leer. Libros.

—¿Qué te parece que lea, Rosa?

—En gustándote...

Leyó. Aprendió a leer. Sintió. Comenzó a angustiarse. Las latas de la casucha, el basural de la quebrada, y todas las casuchas, y todos los basurales; y Rosa, tan pasiva, y todas las mujeres tan pasivas... balancear a un hombre, estrujarlo un poco, dejarlo tranquilo por una noche, y después lo mismo, y toda la vida lo mismo, miseria, miseria... no; la vida es otra cosa. Es noble. Hay que ennoblecerla. El destino del hombre es más alto. Que no todo sea dejarse rascar la cabeza, y ovillarse, y dar resoplidos todas las noches en el mismo asunto, ya sin gracia para uno, ya en espera de otro, soñando con otro, en el mismo momento que suspira con uno. Pedro aprendió toda la vida en los libros, y en el muelle; pero fué Rosa la que lo graduó y le dió diploma. Rosa tenía un hermanito: Pituco, regalón de Pedro. Y Pituco acompañaba a Pedro a todas partes. Y Pedro militó en la I. W. W., y dijo discursos, y perdió el trabajo, y, una vez, primero tres días; después quince; en seguida más. Ahora, toda la vida así: discurso, pérdida del trabajo. Poco después, toda la vida así: Discurso, calabozo. Y, andando los meses, toda la vida así: calabozo.

—Pero si yo no me he movido...

—¡A otro perro con ese hueso! "¡Pa entro!"

Y sucedió que Pedro filosofó largamente con las chinches en los calabozos. No tenía alma de matar las chinches. Les decía

que no, simplemente, y encogía las piernas. A todo esto, Rosa no decía nada y, cuando se presentaba la ocasión, le seguía rascando la cabeza, y, si la licencia lo permitía, se acostaba con Pedro y todo lo demás. Todo lo hacía Rosa sin hablar, sin teoría. Lo hacía—cuando lo hacía—y Pedro lo sabía bien—con todo su cuerpo, a ojos cerrados, sin economía. Cuando soplaba por la nariz, era mala señal, y Pedro sabía que entonces Rosa se acordaba de todo el mundo, y a Pedro no le gustaba que Rosa se acordase de todo el mundo, y aguantaba, enloqueciéndose, matándose. Después quedaba todo tranquilo. Y Pedro dormía tranquilo, seguro de que Rosa no había soplado por la nariz. Rosa seguía tranquila, a la espera de la ocasión de rascar la cabeza a su "perrito lindo". Y Pedro—cada vez más a menudo—seguía de planta en los calabozos. La última vez, salió contento. Se despidió de las chinches con buenas palabras. No quería volver. No volvería más. Que el calabozo, al fin, se pasara sin él. Estaba cansado, con los huesos un poco ateridos. Y tenía ganas de dormir largamente en brazos de Rosa, hasta que el hambre se metiera a la pieza, y así, con hambre, volver al trabajo, contento. Dió las gracias a la guardia del cuartel, insinuó un "camarada" cauteloso al sargento Rojas—coloradote y mandón—y voló hacia el castillito encantado. Sonaban alegremente las latas de la casucha mecida por el viento sobre la quebrada. Abajo, hasta el fin del mundo, el mar extendido, dormitando bajo una inmensa colcha azul. Y lindos juguetes de Navidad engarzados en el pecho del mar. Pedro ensanchó el alma y se sintió remedido por la vida al presentir el abrazo. Y su compañera no sabía nada de su vuelta. Mejor. Claro que ahora no la dejaría soplar por la nariz. Y después dormiría tranquilo, en espera del hambre. Y después, al trabajo; a luchar. Luchar, ciertamente; pero no, de ninguna manera ya, ir a parar al calabozo. De ninguna manera. El calabozo es una porquería. Hay que ser de piedra

para no enloquecer en los calabozos. Y Pedro, muy a su pesar, se confesaba:

—Yo no soy de piedra. Soy un montón de carne triste con ganas de tener un hijo.

Eso. Un hijo. Que se llamara Pedro. Rosa sería bien capaz. Un hijo feo, robusto, sin patria, y blando de corazón. Un hijo que se llamara Pedro.

La casucha batía sus pañuelos de lata, alegremente. El mar dormía abajo y los juguetes de Navidad echaban humo. Y el alma de Pedro cantaba:

—¡Un hijo que se llame Pedro!

Pituco lo vió llegar. Pituco abrió los brazos y corrió. Pedro abrió los brazos y esperó. El mar dormía abajo; el cielo dormía arriba; y entre el mar y el cielo, humo.

Cuando Pituco se agarró a sus piernas, sus huesos ateridos sintieron calor de caricia. ¡Con qué cariño levantó a Pituco y lo besó en los ojos!

—¿Y tu hermanita, Pituco?

El muchacho se defendió del abrazo, y lo miró a los ojos, y desde el suelo habló un hombre fatal, leal:

—¡Ahí se lo ha llevado con uno de tongo!

Entonces, sin más motivo que ese, se le metieron los prejuicios en la cabeza. Y Pedro deshizo el camino, de bajada, la cabeza sobre el pecho, con el alma llena de calaveras.

Ahora, en el calabozo, murmura:

—¿Qué será de la pobre?

Así no más la llama cuando se acuerda de ella, de tiempo en tiempo. Desde entonces, sin más motivo que ese, no ha querido tener compañera.

Se fué al norte, a las calicheras. Todo yanqui: el salitre, el yodo, el orden, el dinero. Algo chileno: la bandera, las balas, las putas.

Una vez—estaba de juerga en Antofagasta—le mandó a la

pobre doscientos pesos "pa zapatos pa Pituco". Otra vez—también estaba de juerga—le mandó unos cortes de seda, "de contrabando", y un pañuelo de espumillón bordado con paisajes, con un volcán verde al fondo. Recibió, al tiempo, una tarjeta postal llena de palomitos dorados y garabateada con hartos besitos para el perrito lindo. El perrito lindo lloró una borrachera en los brazos de una mujer que le decía:

—Mi perrito lindo.

Entonces, se encontró demasiado cerca de la pobre, y se fué al Perú. Azúcar yanqui, algodón yanqui, arroz yanqui; bandera, balas y lo demás, todo eso, peruano. Y llegó a Panamá. Canal, y todo lo demás, yanqui; bandera y todo lo demás, panameño. Además, no le gustó el idioma del Canal y volvió al Perú. De primeras, se echó donde pudo, sosegado, achicando su bulto. Aprendió a zapatero, en lo fino. Pero los políticos peruanos comenzaron a gritar cosas feas de Chile. "El ladrón", decían de Chile. Y predicaban la revancha, en nombre del honor nacional. Y Pedro dió en la flor de gritar que la guerra es la válvula de escape de los capitalistas, que el pueblo ansía paz, trabajo y una pizca de tierra. Habló de América india unida y fraterna; reconquistada a la tremenda penetración imperialista, y fulminó a los políticos mercenarios, etc. La I. W. W. lo defendía, lo ponderaba, y Pedro gritaba discursos sangrientos en favor de la paz. Y morigeró sus costumbres. Repudió la carne. En el pensamiento y en la alimentación. Vegetariano furioso, robusteció y aclaró el espíritu. Enflaqueció, y mientras más flaco, más energía, más visión. Mascando verduras fué tejiendo un discurso:

—¡Nada de cadáveres, camaradas! Los trogloditas se alimentaban de cadáveres. ¡Que se alimenten de despojos los capitalistas!

Efectivamente, los capitalistas engordaban, y los camaradas enflaquecían. Vivían en común, hacían la plaza en común; y se

alimentaban con los mismos pastos. Y, efectivamente, enflaquecían.

Además, los políticos les pegaron a todos, por parejo, con la patria en la cabeza. Y la patria es gorda y pesada: se alimenta de cadáveres. La I. W. W. fué aventada, naturalmente; triturada.

Entonces, los camaradas huyeron a la sierra. A pastar a la sierra. Y el régimen vegetariano debió ser salpicado con ayunos. Y, a veces, pocas, con hartazgos soberbios de todo. Y Pedro conoció a los indios. A los indios de veras. Y se le antojó que eran unos niños tristes. Decía:

—Son juguetes de barro, sin movimiento. Juguetes de barro caídos de las manos de los pequeños dioses que se murieron.

—Los dioses no mueren, porque no existen...

—Mueren, camarada. Murieron asesinados por el tremendo Dios de ahora. Y los indios son así, porque han sido juguetes, y por eso tienen pensamiento de estatua. Niños tristes son.

Andando, andando, Pedro se enfermó de recuerdos.

—¿Qué será de la pobre?...

Sabía que la tierra es redonda y que el centro está en todas partes. Y que las fronteras son mañoserías. Y que el hombre libre es ciudadano de la tierra libre. Lo sabía bien. Lo sentía mejor, más hondamente. Sin embargo, se encontraba lejos. Lejos de no sabía qué. Se escondía de él mismo para decirse:

—Estoy tan lejos...

Y se las arregló para encaminarse al sur. El corazón brincaba para el sur, se volcaba para el sur. Dejó, una noche, un beso callado en una frente cualquiera. Tal que para besar la tierra, debió recogerse, hundirse, para besar la frente india a ras del suelo. Y la frente se quedó ahí, dormida, a ras del suelo, para siempre. Pedro enfelpó sus pasos en la noche. El, Pedro Navarrete, él mismo, capaz de tantas hombradas; fichado, moneda de uso legal y diario en los Gabinetes de Investigaciones; él, "el

vendido al oro chileno”, en el Perú; él, el “vendido al oro peruano”, en Chile; él, el hombre solo, sin un centavo en los bolsillos, con escaso y duro cocaví en las alforjas, caminaba hacia el sur, no sabía a qué, no sabía por qué. Solo, embrión infinitesimal y palpitante en el seno de la noche infinita, bajo las constelaciones lejanas, brizna de la brizna, para espantar el pavor de sentirse solo, se volvía niño candoroso y jugaba al “cuco”, y decía:

—Yo soy puma . . .

Y para engañarse, rugía. Con los dedos imitaba garras y pegaba zarpazos en el viento, y, para espantar a la noche, rugía:

—¡Yo no tengo miedo! ¡Soy puma!

Se ocultó del sol en el día para que no lo viera el sol, el sol peruano. Dormía en las quebradas sudorientas, y amanecía en la noche, solo, bajo las constelaciones:

—¡Yo soy puma!

Tropezó con el mar. El mar lo esperaba. Y gritó:

—¡Yo soy un viejo lobo de mar!

Y navegó, la vista libre sobre el mar, el pulmón agradecido y pleno, del ancho del mar.

El mismo viejo muelle en Valparaíso. Los mismos lancheros. El mismo rocío de harina flor en la bahía redonda. Los mismos palomares en los cerros. Pero nadie le dijo nada. Y Pedro respiró tan a gusto! Contento de haber sido olvidado. Alegre de ser extranjero en la tierra amada. Alegre de amar. Alegre de que nadie lo supiera. ¿Qué son diez años? Tendió su cuerpo largo a largo, y midió, después, la medida incrustada en la arena:

—Cuatro pasos cortos para mi sepultura.

Se encaminó a los boliches de la calle Blanco, nublados de camanchaca, estremecidos de vino. De los subterráneos hedía la borrachera de todos los idiomas. Pedro cayó en la cuenta de que tenía algo que olvidar. Algo que se movía. Entonces, el vino es para eso, para que el recuerdo se muera. Intentó bajar a los sub-

terráneos, y beber con ese modo del hombre que llega en silencio frente al vaso, y se lo bebe, y se queda en silencio, y el vaso se llena solo; así, beber así, con ese modo del hombre solo.

Pero la plaza Echaurren lo llamó a gritos. Fué como si le gritaran:

—¡Salud, camarada!

Era el pueblo. La masa. En la plaza Echaurren, apelotonado, el pueblo estaba gritando reivindicaciones. Reivindicaciones inmediatas. Abajo la guerra. Fraternidad con el Perú. Devolución al pueblo hermano de las provincias... Todo eso. El pueblo apelotonado entre los cerros y el mar, entre la policía y el mar. Y también gritaba por la baja de los arriendos. Por el derecho de reunión, de prensa y huelga, etc. Pero la agitación madurada de aquellas dos mil almas sin zapatos era por aquello de la fraternidad entre los pueblos ayer enemigos...

—¡Ved, camaradas! Los políticos se llenan la boca con la glorificación de nuestros gloriosos veteranos... Los gloriosos veteranos andan pidiendo limosna... ¡Esa es la guerra, camaradas! ¡El negocio de los trogloditas! ¡Abajo la guerra!

Y las dos mil almas sin zapatos, con grito robusto:

—¡Abajo!

La melena al viento, el orador sembraba la paz con belicosidad inaudita:

—¡Mueran los asesinos del pueblo!

Y las dos mil almas sin zapatos, tronando:

—¡Mueran!

Una multitud de jóvenes con zapatos en los pies y con el segundo año de humanidades en la cabeza, hacían, a media cuadra, detrás de los caballos de la policía, una pintoresca y alegre contramanifestación. Después de gritar muchas veces el ¡viva Chile!, cantaban agitando banderitas:

*Los eternos llorones del norte
pitean por Tacna y Arica
¿por qué? - ¿por qué? - ¿por qué?...
Porque somos muy buenos muchachos
y nadie lo puede negar...
Porque somos muy buenos muchachos
y nadie lo puede negar...*

—¡Ved, camaradas! Así envenenan a nuestra juventud... desde la escuela... ¡Amaestrada para la guerra, para el asesinato! ¡Abajo la educación del odio!

—¡Abajo!

—¡Viva la juventud fraterna!

—¡Viva!

Y mientras las almas sin zapatos amenazan al mundo con su fraternidad terrible, los jóvenes con zapatos en los pies alegran la vida con su parodia liviana, absolutamente sin mayores preocupaciones, ni por la guerra ni por la paz. Cantan de puro jóvenes que son:

*.....
¿por qué? - ¿por qué? - ¿por qué?...
¡Porque somos muy buenos muchachos
y nadie lo puede negar!...
.....*

—Y es la verdad—alienta una vocecita en el alma de Pedro—la juventud es una sola en todas partes. Los viejos, los que no van a la guerra, son los guerreros; los viejos que firman decretos y las mujeres que bordan banderas... ¿Qué será de la pobre?...

Pedro está con las manos en los bolsillos, coqueteando con aquel milenario sueño de no matar. Pero cantan la canción de su gusto y la sangre hervida de Pedro hace bailar endiabladamente a su pensamiento. Los tranvías detenidos campanillean premio-

sos. Desde los cerros la miseria llega corriendo hasta el corazón de la protesta y se apelo-tona en la plaza. Una mujer envejecida esconde el azul de sus ojos en lo más profundo del hambre, y parece un esqueleto de hombre forrado de mujer, y, sin embargo, es mujer, y por serlo, todavía desayuna a veces. Un hombre—algo que lo parece—amontona en el cuello una lona a modo de bufanda, y con voz a tropezones sopla en el hambre de los ojos azules:

—Oye, Flora, pa mi ver, mejor la guerra, Flora...

—Y pa mi ver... Mentira que los ricos provocan la guerra. Se pasaran de mal agradecíos...

—Si es pa no vernos a nosotros, Flora...

—¿Y los hijos de las ricas?...

—Esos van de atrás, escribiendo...

La subida Cajilla está al frente, empinada, escuchando el resuello de las dos mil almas sin zapatos. La Comisaría asoma la nariz pegada a la costilla de la iglesia, una gran iglesia blanca y gorda. Un fraile está en la puerta midiéndose la cintura con el cordolón, y más allá, en la Comisaría, se pasea un fusil.

—¿Qué será de la pobre?...

El recuerdo le quema el alma con su beso. Subir y llegar al castillo encantado, saludado por el alborozo de los pañuelos de lata, ¡qué fácil!... Decir: "¡Buenas tardes!", ¡qué fácil!... No. Pedro Navarrete es bien hombre... Los hombres no vuelven. Y, si es "por eso", ¡bah!, en la subida Cajilla el amor está acostado a toda hora. Hay tiempo para todo. Ahora se trata de reivindicaciones inmediatas. Habla bien el camarada:

—¡Bien!

—¡Por el dolor de nuestros propios dolores, no sembremos el dolor en tierra ajena, camaradas!

—¡Bien!

Pero la contramanifestación se impone con su estribillo ligero y sin trascendencia:

.....
¿por qué? - ¿por qué? - ¿por qué?...
¡Porque somos muy buenos muchachos
y nadie lo puede negar!...
.....

—Es una lástima, camaradas, que esos buenos muchachos que nos interrumpen estén “mangoneados” por los agentes provocadores de la Sección de “Inseguridad”...

—¡Bravo!

El orador estremece la melena y se tira a fondo:

—¡Algunos de esos provocadores tienen cincuenta años... y cien años de sífilis... y son de nuestra propia clase, camaradas... principiaron de “krumiros” y fueron ascendiendo en la infamia hasta hundirse en la condición de espías, provocadores, rufianes, flageladores, invertidos, asesinos de su propia clase!

—¡Bravo!

—¡Eso se llama hablar a pata pelada!

—¡Por la confraternidad de los pueblos, camaradas!

De repente, uno, y dos, y tres disparos sonajeros.

—¡Tírate al suelo, Flora!

—¿Pa qué?...

El cielo llueve piedras sobre “la paquería”.

—Así da gusto, se entusiasma Pedro; que el pueblo se defiende, da gusto.

De un salto se cuelga de las bridas del caballo que se le viene encima. Una piedra redonda, bien proletaria, rebota en los escudos de bronce que abotonan al policía, y el paco se viene abajo de cabeza, y las polainas negras quedan en el aire, y la gorra azul se escabulle entre las manos del caballo, y Pedro Navarrete, vivo y recio, sostiene en sus brazos al caído, y lo desenreda de las cadenas de cuero de su oficio. Y el bulto azul del policía,

relumbroso en el pecho, relumbroso en los pies, duerme un sueño regalón en los brazos de Pedro.

—¡No lo toquen, camaradas! También es pobre el pobre...

Pero el sablazo que lo ha estado esperando tantos años (¿qué son diez años?), llega presuroso, lo husmea, lo busca, lo encuentra, ¡al fin!, después de diez años de acechanza, lo encuentra y le parte la cabeza. Así, sin pelea. Como quien dice, sin gloria. Y tan lejos que se encontraba en otras tierras de no sabía que... Y era de "esto"...

Después del hospital, caminó para el sur.

Y ahora está aquí, en este calabozo del sur. Igual a los calabozos del norte. A los del Perú, a los de Panamá.

La tierra es redonda y el centro está en todas partes: el centro es el calabozo.

—¿Qué será de la pobre?...